

La Araña y la Mosca: relatos Imperfectos

Pisando Hormigas



Capítulo 1

Todos los derechos reservados ©

Índice de relatos

- Vinieron de las estrellas
- Oráculo
- Ziraphael
- Insomnio
- Tras los restos del verano

Capítulo 2

Vinieron de las estrellas

«Llama un fanático a mi puerta, todo ojos vidriosos y genitales limpios, y me pregunta si creo en Dios.

Y le digo que yo maté a Dios.

Le perseguí como a un perro rabioso, le corté las piernas con un cortacésped, le violé con una mazorca y herví su cadáver en un baño de ácido.

Así que me apunta con un táser de corriente alterna y me dice que sólo la Iglesia Serbia Oficial de Tesla puede salvar mi campo eléctrico polifásico intrínseco, conocido por quienes no son ingenieros como El Alma.

Y le aticé. ¿Qué habrías hecho tú?»

-Spider Jerusalem, Transmetropolitan-

Siempre estaba mirando al cielo en busca de un indicio. Un indicio de una invasión extraterrestre. Realizaba su escrutinio diario envuelto en la familiar aprensión, con esa inherente sensación de angustia pegada al estómago. Tarde o temprano sucedería, y lo sabía a ciencia cierta porque la suya, su propia especie, era una de esas. De esas que llegan a otro planeta y les da por el culo a todos. No hace demasiado tiempo que alguien, en aquel bonito y joven planeta azul, estaba mirando al cielo en busca de respuestas. Y vaya si las tuvo: le cayeron en toda la cabeza como una pesada losa de hormigón.

¿Porqué viajamos a las estrellas?

Son nuestras ansias de ir más allá, de ver más de cerca el poder divino, de buscar nuestras almas perdidas. A veces se trata simplemente de encontrar nuevos recursos limitados que expoliar. La selección natural es cruel y violenta, y el espacio un lugar inhóspito. Así que él no quitaba ojo a las estrellas, haciendo del observarlas un arte.

Por si acaso.

Pero no fue allí, en el cielo, dónde encontró lo que buscaba. Lo encontró, sin ir más lejos, en su propia cama. Y lo encontró porque había explorado aquel cuerpo a conciencia. No con el oscuro propósito de descubrir anomalías, por supuesto, no había sido un motivo tan altruista el que lo había llevado a palpar hasta la saciedad cada recoveco, cada centímetro. Pero el caso es que lo había explorado a conciencia. Lo había amasado, piel, carne y huesos, con las manos y con la boca. Y ahí estaba la diferencia, brillando cómo una estrella de más en el firmamento, manifestándose sibilina pero implacable, como un tumor maligno

inoperable. Metida en su cama, la maldita zorra.

Se había quedado muy quieta, sabiéndose descubierta, esperando su reacción, supuso.

Y reaccionó: trató de matarla allí mismo, trató de hacerla desaparecer sin más. La agarró del cuello sacudiéndole la cabeza, estampándosela contra ésa horrible mesilla de noche que ella se empeñó en comprar y que él aborrecía sobremanera. La estampó una y otra vez. Apretando. Apretando...

—¡Muérete, perra de los cojones —gritó desde la rabia—, muérete!

Y siguió con lo de estampar y apretar un poco más, mientras la mala baba se le hacía bilis, que vertía sobre su rostro enjuto resollando como un animal. Hasta que estableció como risas lo que había creído sus últimos estertores, resonando como graznidos de patos moribundos en su mente enfebrecida. Se carcajeaba, la hija de puta, llena de hilaridad. Ahíta de él y sus dificultades para respirar, agotado como estaba ya de menearla y constreñirla. Y encabronado le atizó un puñetazo en toda la cara. Y lo hizo con fuerza, sin paños calientes, sin medias tintas. Con ésa familiar solidez de una maza pesada.

Y se rompió la mano.

Sintió el quebrar de los huesos quejándose por el trato recibido, y el dolor que se extendía desde las falanges de los dedos hasta el codo. Mientras ella reía aún más fuerte ahora, libre ya de sus garras para retorcerse a gusto hasta las lágrimas.

Y se quedó allí, mirándola con estupor y sorpresa. Hasta que el acceso pasó y se lo sacudió de encima sin dificultad, cómo quien aparta a un insecto. Y agarrándolo del pelo con una fuerza sobrehumana lo arrastró hasta el patio, dónde tanto tiempo pasaba, obligándolo a mirar una vez más.

—Tú no puedes vernos, rata nefanda, pero estamos ahí —dijo levantándolo en el aire sin ningún esfuerzo—. Estamos ahí, y estaremos aquí en un abrir y cerrar de ojos. No os daréis ni cuenta y estaréis bien jodidos. Así estaréis, si señor...

Se sintió como una enorme ballena varada vencida por las olas, esperando la muerte. Y solo le quedó una cosa por hacer: lloriquear suplicando por su vida.

—Porfavorporfavorporfavor, ha sido un acceso de ira pasajero, no quiero morir... —sollozó flácido en sus manos. Porque en su día, su propia especie había cruzado las estrellas para colonizar aquel mundo, pero él siempre permaneció detrás, esperando a que otros lo tomasen por la fuerza para después llegar y plantar la sombrilla. Porque él era como las cucarachas; siempre sobrevivía. Porque uno no sobrevive metiéndose en líos. Esa clase de líos serios que te acercan peligrosamente a la muerte...—. Besaré culos. Todos los que haga falta. Quizá podrías decirles exactamente eso, que besaré todos los culos que haga falta...

—En realidad, espero de ti que hagas lo que mejor se te da...

Él la miró con suspicacia, ladeando la cabeza.

—...Estamos hablando de sexo oral, ¿verdad...?

—No, imbécil —respondió regalándole una sonrisa voraz—, aunque eso te lo concedo. Quiero que escribas. Quiero... queremos que cuando todo esté listo, nos reciban abiertos de piernas, lúbricos. Que no se den ni cuenta hasta que sea demasiado tarde. Eso es lo que queremos de ti.

Y miró el teclado con aprensión, el lugar dónde mueren las ambiciones.

Capítulo 3

Oráculo

La Dama vestía completamente de negro. Las sedas le cubrían el cuerpo y la cabeza, y una máscara de plumas, sin abertura para los ojos, ocultaba su rostro dejando únicamente los labios a la vista. Unos labios carnosos, fruncidos y entreabiertos, perfectamente delineados por un carmín rojo como la sangre. Cuando miraba aquellos labios sólo podía pensar en follarle la boca. Pero eso no iba a suceder. En el momento oportuno, ni siquiera se le permitiría ver ni un centímetro de más de su pálida piel.

Ella era como una escultura de mármol; gélida y distante. Excepto cuando la tocaba. Deslizaba sus manos hacia arriba, recorriendo las interminables piernas y los muslos, deliciosamente separados. Apartando con firmeza el encaje que ocultaba las puertas del paraíso, cerrado para todos como si escondiese el mismísimo Santo Grial. Y quizás así fuese. Allí, en el punto dónde confluían los pilares de la Diosa, ella no era fría. Era todo lo contrario a fría. Podía recorrer su calidez con las yemas de los dedos, rozar aquel pubis exento de vello. Podía sumergirse en su interior con la brevedad de un suspiro. Pero no le estaba permitido mirarla. Y la Dama, siempre envuelta en el misterio, coronada por diamantes que pendían tintineando en cascadas desde su máscara, no se dejaba tocar por cualquiera. Ni siquiera por dinero. Si la deseabas lo suficiente –si la deseabas de verdad–, tenías que pagar el precio. Los hombres vendían sus almas por escuchar lo que ella tenía que decirles. Muchos morirían por deslizar los dedos sobre las sedas. Muchos, de hecho, habían muerto. Y eran sus manos, y no las de otro, las que la hacían temblar ahora. Temblaba escondida tras las plumas, apretando los labios. Apretando los muslos en torno a sus caderas.

Y vio un destello de laca de uñas roja cuando ella se liberó de las ropas para acariciarle bajo la cresta de la cremallera, desabrochándole los pantalones con habilidad. Y se moría de ganas de llegar con la lengua hasta dónde sólo sus manos tenían acceso. Él vendería el alma, como todos los demás, por tener su sabor en la boca, pensaba, mientras sus dedos recorrían el camino aprendido, moviendo y pulsando con precisión quirúrgica.

Y esperó a que se corriera en silencio, clavándole las esmaltadas uñas en los costados, para hundirse dentro de ella. Y estaba tan húmeda que tuvo que detenerse unos segundos para recuperar el control y no dejarse ir también al instante, como un adolescente de gatillo fácil. La mujer echó la cabeza atrás en un ligero movimiento, y la hilera de diamantes tintineó de nuevo. Lo estrechó aún más hacia sí, atrayéndolo, dejándolo ir aún más allá, sus trémulas caderas marcando la deliciosa cadencia, juntándose y separándose en un baile frenético que lo llevaba de cabeza a la locura. Respiró el perfume de su cuello, descendió a través

de la seda para atrapar un pezón con la boca. Y estaba tan duro como esperaba. Ella no rechazó aquel contacto ilícito y eso lo sorprendió, obligándose a alzar la vista para mirar al otro lado de las cortinas de cuentas en busca del chambelán. Pero el chambelán no estaba, los había dejado a solas.

Y volvió a mirarle los labios; la imaginaba con los ojos entrecerrados de placer y las mejillas sonrojadas. Siempre separados los dos por el tejido suave de sus ropas. Esas eran las normas. Separados excepto en aquel punto tibio, donde ambos cuerpos confluían durante aquellos breves instantes. Y ella suspiró, susurrando las palabras. Y él se derramó en su interior, lamentándose siempre de no poder contemplarla. De no poder besarla, ni sentirla del todo. Aunque sólo estuviese allí para escuchar aquellas palabras.

Se separaron de esa forma impersonal, y ella volvió a su habitual rigidez, cubierta ya completamente de nuevo, sus manos reposando sobre su regazo, ligeramente recostada en la barra dónde se apoyaba. La barra contra la que la había empujado hacía tan solo unos momentos que ya echaba de menos.

—¿Ha sido un intercambio satisfactorio? —le preguntó la mujer, ahora con su voz suave y musical.

—Lo ha sido, mi señora —recitó en respuesta. Y era cierto. En todos los sentidos. Aunque, de no serlo, uno no se lo dice al oráculo. Ella no le había susurrado lo que esperaba oír, pero era un buen augurio. Uno que hacía mucho tiempo había renunciado escuchar.

Y la mujer puso fin a la charla extendiendo una de aquellas manos de porcelana para hacer sonar la campana del chambelán, quien apareció enseguida haciéndole una cortés reverencia, flotando de esa forma etérea, con la mirada envasada al vacío.

El hombre le hizo un gesto indicándole la dorada bandeja de ofrendas, y él depositó allí la bolsa de las gemas. Cincuenta mil créditos en piedras preciosas. Un alto precio por follarse a una puta de lujo, había dicho Max. *«Tío, cincuenta mil créditos son demasiados para desperdiciarlos en una puta de lujo. Una que no puede hacerte ni una mamada»*. Esas habían sido sus palabras exactas. Pero él no estaba allí —sólo— por eso. Había ido para escuchar aquellas malditas palabras.

Y había merecido la pena.

Saludó a la Dama con un gesto de cabeza antes de salir por la puerta y perderse por los pasillos, alejándose del olor dulzón de los inciensos que le recordaban a su perfume, de la tenue e irreal luz de las velas, que reverberaba en las cuentas de cristal de las cortinas que separaban las oscuras salas. Recorrió el camino, con la habitual sensación agrídulce, hasta dar de nuevo con las escaleras mecánicas que lo sacarían del templo. Las escaleras que lo llevaban hasta Max.

—Si andas sobrado de dinero puedes aumentarme el sueldo, capi —le dijo sonriente el muchacho a modo de saludo, saliendo a su encuentro—. ¿A dónde vamos?

—A casa —respondió devolviéndole la sonrisa.

—¿A casa? —Max se detuvo y se quedó allí clavado como un pasmarote.

—A casa —repitió, palmeándole el hombro cuándo pasó a su lado—.
Mi padre está vivo.

Definitivamente, había merecido la pena.

Capítulo 4

Zyraphael

La biblioteca de su estudio olía a libro viejo y a cerrado. Al amargo té que tomaba cuando estaba allí y a las diversas plantas que siempre subía y olvidaba al instante, en cuanto se sumergía en la agradable calidez del conocimiento. Olía a hogar. El pequeño ratón se puso a dos patas exigiendo algo de comer, olfateando el aire y moviendo los bigotes tratando de llamar su atención. Ella rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó algunas semillas, que dejó con cuidado en el reposabrazos del sillón. Chie corrió hasta ellas encantada, y casi le pareció ver el placer dibujado en aquella diminuta carita.

—Eres una glotona —le dijo, sin poder evitar la sonrisa que se le escapaba, tirando hacia arriba del borde de los labios. El animal la miró un segundo desde sus ojillos negros y brillantes, y casi le pareció ver que se la devolvía. ¿Por qué no? Hacía mucho tiempo que las dos habían cruzado la línea de la realidad.

Alguien llamó a la puerta y la abrió sin esperar respuesta, haciendo regresar la máscara pétrea que lucía por semblante. En el umbral, una muchacha desgarbada la estudiaba con curiosidad. No percibió miedo en ella, y eso le gustó.

—¿Es que ya no enseñan a llamar a las puertas? —preguntó, arrellanándose despreocupadamente en el sillón.

—Lo siento.

—No es verdad. Pasa y cierra.

La joven obedeció, pese a que la mano le temblaba al soltar el pomo. A nadie le gustaba estar a solas con ella y todos evitaban esa situación en la medida de sus posibilidades. La muchacha estaba nerviosa, la miraba con recelo, pero la miraba a los ojos. Hubo un largo silencio mientras la evaluaba; desconfianza, dudas. No, ni rastro de miedo.

—Y dime, chica, ¿qué es lo que quieres? —preguntó de nuevo, pese a que conocía la respuesta.

—Quiero ser vuestra aprendiz —sentenció desafiante, frunciendo los labios y dejando que su nariz apuntase al techo.

—No necesito aprendiz y desde luego, ningún aprendiz me necesita a mí.

Chie trepó por su brazo hasta acomodarse en su hombro, desde dónde observó a la muchacha con tanto interés como ella misma. Tras unos breves instantes, saltó y se escondió en un bolsillo.

—No le gusto.

—¿Por qué yo?

—Porque tenéis que ser vos o nadie.

—Todos me temen —dijo entrecerrando los ojos. Había empezado a percibir otras cosas en su aura, cuyos colores oscilaban con la intensidad de un volcán en erupción.

—Os temen porque sois la mejor.

—Y tú, ¿no tienes miedo?

—Yo solo temo al fracaso —respondió, aprobando el examen a la primera.

—¿Y si digo que no? ¿Qué harás?

—No diréis que no —afirmó con seguridad—. Os intriga saber si sois capaz de hacer de mí algo que merezca la pena...

—Eso es mucho decir —repuso, levantándose y dirigiéndose hacia ella despacio—. La magia te cambia. Cada vez que la practicas mueres un poco por dentro. Te hace poderosa, pero mueres un poco. Cambias, aunque la misma muerte es tan solo un cambio más. Mírame —exigió, cogiéndola de la cara con fuerza—. Mírame bien. ¿Es esto lo que quieres?

Quería que contemplase detenidamente y de cerca las marcas de la corrupción en su carne. El precio que había pagado. La respiración de la muchacha se aceleraba por momentos, el corazón cabalgando el interior de su pecho sin compasión. Ahora sí que comenzaba a asustarse. Buena chica. Se miraron mucho rato, hasta que dejó de esperar la respuesta. Y fue entonces cuando se la dio.

—Si, esto es lo que quiero —susurró, tratando de impedir que la voz le temblase como le temblaba todo lo demás.

—No es un camino de segundas oportunidades, una vez que lo tomes no podrás abandonar. Y querrás hacerlo, te lo prometo... Piénsalo bien porque si aceptas, estarás sola. Estarás sola en todos los sentidos, nadie querrá besarte jamás —le dijo, esbozando una sonrisa perturbadora.

—No estoy interesada en que nadie me bese —respondió ella, dejando que sus labios formasen una mueca de desprecio con la que parecía sentirse muy cómoda.

Hacía mucho tiempo que no admitía un pupilo. Hasta ahora nadie había estado a la altura y ya no tenía ganas de aguantar lloriqueos. Sin embargo ella era distinta, irradiaba una fuerza desesperada y el deseo de gobernarla.

—Empezarás mañana por la noche.

—¿Por la noche?

—Así es. Me gusta trabajar por la noche —se separó de la muchacha con cierto pesar y regresó a su sillón, apoltronándose perezosamente.

—¿Es verdad lo que dicen?

—Dicen muchas cosas...

—Dicen que ese ratón caminaba antes a dos patas.

—¿Y tú que es lo que crees? —preguntó divertida.

—Creo que se parece demasiado a los ratones de campo que había en la granja de mis padres...

—Mañana por la noche, chica. Y te sugiero que a partir de entonces hables menos y escuches más. A no ser que quieras terminar durmiendo en mi bolsillo...

Sintió su escalofrío, recorriéndole la espina dorsal, como si fuese propio. No había miedo en ella, pero no tardaría demasiado en aparecer. En cambio, tardaría muchísimo más en apreciarlo. La muchacha se dio la vuelta, dispuesta a marcharse.

—Chica —la llamó—, ¿me entregas tu vida voluntariamente?

Repitió la pregunta que un día respondió ella misma. No dejaba de ser un mero formalismo, pero dentro de aquella estancia se convertía en mucho más. Dentro de aquella estancia, las palabras dejaban de ser sólo palabras. Y mañana por la noche, la muchacha dejaría de ser una simple muchacha. Le daría un nombre. Uno de verdad. Pues cuando terminase con ella, ya no quedaría nada de lo que tenía ante sí.

La vio meditar unos instantes y casi temió que se echase atrás.

—Sí —afirmó una vez más sin dudar—, os la entrego.

La misma respuesta. Qué lejos estaban aquellos tiempos. Los tiempos en que, como aquella joven ahora, ignoraba lo que significaba venderle su alma al diablo. Los tiempos en que el maestro era el aprendiz. Se veía reflejada en el espejo de fuego y nervio que tenía delante, aunque aún le costaría decidir si eso era bueno o malo...

—Bien, haremos que merezca la pena. Y que los dioses se apiaden de ti, porque yo no lo haré.

Capítulo 5

Image not found.

Capítulo 6

